

ses situados á la extremidad del Asia, si bien se preparan allí dos grandes revoluciones en la religion y en la política por Boudha y por Mahoma.

CAPITULO II

Justiniano

Si la casualidad ó la astucia no hubieran encumbrado á Justino al trono, Uprauda, su sobrino, nacido en la indigencia en Tauresa, junto á los confines de la Tracia y de la Iliria, hubiera vivido y hubiera muerto pastor en su obscuridad nativa. Su tío le hizo venir á la corte, y su nombre, traducido al estilo latino en el de Justiniano, nos recuerda al único grande hombre entre los que ocuparon ó embarazaron el palacio imperial de Constantinopla.

Se granjeaba el valimiento de su tío desembarazándole de Valieno. Sin embargo, por la hostia consagrada había prometido al enemigo del emperador la vida, y de esta suerte, sin haber desenvainado nunca la espada, se encontró á la cabeza de todos los ejércitos del imperio. Hízose grato á los ojos del pueblo mostrándose católico y gastando 280.000 monedas de oro en magníficas fiestas durante su consulado; también se granjeó el afecto de los senadores, que habían adquirido cierto poder bajo el débil Anastasio, y entre los cuales habían tomado puesto oficiales de la guardia del palacio, capaces de sostener ó de derrocar á una facción. Impelidos éstos por la sed de oro, suplicaron á Justino que adoptara á su sobrino por colega (519); aunque la envidia hizo murmurar a veterano, agotadas sus fuerzas por una herida, se decidió á dar la diadema á Justiniano en presencia de los senadores y del patriarca. Aquél fué saludado en el circo por el pueblo (1.º de Abril de 519), y habiendo muerto cuatro meses despues su tío, se vió á los cuarenta y cinco años soberano de Oriente.

Pero también él tenía un soberano. El cipriota Acacio, guarda de los osos de la facción de los verdes, dejó al morir en la más desastrosa miseria á su familia. ¿Qué hace su viuda? Un día de gran concurrencia expone en medio del circo á sus tres nietas, de las cuales la mayor no pasaba de siete años. Otórganlas los azules la compasión que las habían negado los

verdes y las toman bajo su patrocinio. Fueron, pues, entregadas á la prostitución antes de la edad las infelices. Teodora, que superaba á sus hermanas en belleza y en lujuria, era ensalzada hasta las nubes siempre que su pantomima imitaba en el teatro la alegría, el dolor, la embriaguez voluptuosa, ostentando además, en toda su desnudez, sus atractivos, de los cuales hacía tráfico con todo el que quería pagárselos. Aquel vergonzoso abuso de sus encantos no la estorbó ser madre de un hijo, que llevado por su padre á Arabia, fué en busca de Teodora uero que su situación había cambiado; inspiración bien funesta, puesto que desapareció al punto.

Advertida por un sueño ó por su ambición de que podía llegar á ser reina, adoptó un género de vida más regular, ya que no más casto, mostrándose modesta tanto en su casa como en sus vestidos. Justiniano, patricio entonces, se enamoró de ella tan perdidamente, que no gozó descanso hasta que la tuvo por esposa. Vedaban las leyes á los senadores contraer matrimonio con una mujer nacida en condición servil ó que hubiera salido al teatro, y la emperatriz jamás hubiera sufrido que ingresara en su familia una prostituta. Pero Justiniano aguardó á que muriera Lupicina, y sin tener en cuenta el dolor de su madre, en nombre de Justino abolió la antigua ley, «á fin de que quedara abierto el camino del arrepentimiento á aquellas que se hubieran prostituido en las tablas.»

Casóse con Teodora, y despues de la muerte de Justino la coronó, no sólo como emperatriz, sino también como su colega independiente, é hizo que los grandes del imperio la prestaran juramento. Ni aún la diatriba violenta de sus enemigos más encarnizados tacha la honestidad de Teodora desde que fué emperatriz; pero los hábitos de su juventud la hacían muy cuidadosa de su hermosura y la habían dejado afición á los placeres; así rodeada de doncellas y de eunucos iba á distraerse á las deliciosas casas de recreo que tenía á orillas del mar. Pasando allí del baño á la mesa, daba audiencia á los grandes personajes que acudían á reclamar su patrocinio; árbitra suprema de la voluntad de su marido, elevaba ó humillaba á su antojo. Allí amontonaba también tesoros por

miedo de que un capricho de la fortuna volviera á sepultarla en su nada. Además, asalariaba á una numerosa tropa de espías, y en virtud de sus denuncias hacía arrastrar á infelices á las cárceles particulares, de donde no salían nunca, ó que sólo abandonaban despues de mutilados.

Por lo demás, manifestaba gran devoción; Justiniano formó por su consejo muchos establecimientos piadosos, entre los cuales se contaba uno nuevo, destinado á recibir á quinientas mujeres de mala vida; á ella atribuía el emperador el mérito de sus leyes. Le auxilió no sólo con sus consejos, sino también con su valor, especialmente con motivo de las querellas suscitadas en el circo. Estas disensiones eran un manantial de discordia entre las familias y los estados, no ménos que en otros tiempos las facciones de los güelfos y gibelinos, de la rosa blanca y de la rosa encarnada; hasta las mujeres excluidas del circo tomaron parte en las divisiones, y sin el patrocinio de una facción nunca se llegaba á una dignidad ó á un empleo.

Pretendióse que los verdes defendían la casa y la herejía de Anastasio, á la par que los azules permanecían fieles á Justiniano y á la fé ortodoxa. Teodora sostenía á estos últimos en memoria del favor de que ella y sus hermanas habían sido objeto, con todas las intrigas y toda la obstinación de una ambición vengativa. Fuertes con tal apoyo duplicaban su insolencia, y vestidos á estilo de los bárbaros, se paseaban de día llevando ocultos puñales, y luego se reunían de noche en numerosas cuadrillas, permitiéndose toda clase de excesos contra los ciudadanos pacíficos y contra los verdes; de aquí resultaba que hasta en tiempo de paz ofrecía Constantinopla el aspecto de una ciudad tomada por asalto. La parcialidad imperial dejaba impune la violación, el sacrilegio, el asesinato, á la par que los que habían sido víctimas participaban de la exasperación de los verdes, ó se lanzaban á los bosques y á los caminos para vengarse con sus fechorías. Los magistrados que se aventuraban á perseguir á los criminales encontraban rudos obstáculos, ó tenían que arrepentirse cruelmente de su celo muy á menudo.

En el año quinto de su reinado, en la época

en que se celebraban los idus de Enero, asistía Justiniano á los juegos del circo; acababa de terminarse la vigésimasegunda carrera (había veintisiete), sin que se hubiese pronunciado ninguna palabra de aprobación ni de desaprobación, cuando se oye un ruido de repente, y exclaman los verdes: «¡Cuán desgraciados somos! Se nos oprime, aunque inocentes; se ejercen respecto de nuestro nombre y color tales persecuciones que no osamos tomar parte en las carreras. Rehúsasenos toda justicia. Pronto estamos á morir ¡oh emperador! pero por vuestro servicio y vuestro mandato.»

Trató Justiniano de apaciguarlos echándoles en cara su conducta; irritados aquéllos, les responden con injurias; encolerizanse los azules y vienen á las manos con los verdes. Ejecútanse violencias por las dos partes; las cárceles se abren para los últimos, préndese fuego al palacio del prefecto; los bárbaros de la guardia, que no habían respetado á los eclesiásticos que habían acudido á calmar el tumulto, son rechazados. Bien pronto se combatió por todos lados, y el furor se aprovechó de todo lo que pudo; eleváronse las llamas homicidas en todos los barrios, y el grito de *Nika*, es decir, sed vencedor, fué la señal de una carnicería que ensangrentó á Bizancio durante cinco días (583).

Entonces se unen los azules y los verdes para quejarse de la administración de Justiniano, quien se vé precisado á deponer al cuestor Tribonio y al prefecto Juan de Capadocia; pero aumentándose el peligro se retiró á la ciudadela. También pensaba en huir por mar con su familia y sus tesoros, cuando le detiene Teodora, y manifestando valor en el momento que todos lo habían perdido, le dice: «El palacio imperial es un sepulcro glorioso; vale más que un miserable destierro ó una muerte vergonzosa.»

Permanece allí Justiniano, y con su consejo reanima las hostilidades que se habían apagado entre las dos facciones rivales. Para mostrar su arrepentimiento los azules, secundan los esfuerzos de los generales Belisario y Mundo; Hipacio, sobrino de Anastasio, á quien habían revestido los rebeldes con la púrpura, fué hecho prisionero y condenado á muerte con diez y ocho cómplices ilustres. Fueron arrasados sus palacios y sus cadáveres arrojados al mar.

Millares de ciudadanos perecieron en aquellas jornadas, ejercióse despues á su vez la venganza legal. ¡Piénsese en las riquezas anegadas en aquel desastre, sobre todo por el incendio que se propagó en medio de una ciudad heredera de la que habia despojado á todas las naciones! Tambien tuvieron por qué lamentarse las bellas artes, pues el fuego consumió el gimnasio público de Zeuxipo, museo fundado por Séptimo Severo, que habia colocado allí las obras más notables de los antiguos artistas; estatuas y bustos de Deífobo, la de Esquino en el acto de hablar, Aristóteles y Demóstenes meditando, Palefato pronunciando oráculos en medio de coronas de flores, Hesiodo entreteniéndose con las musas, Cristo suplicando, César con los atributos de Júpiter, Alcibiades discurrendo, Vénus con el pecho desnudo, Febo con el cabello suelto, Safo sentada, el poeta trágico Eurípides, el filósofo Anaxímenes, el grupo de Neptuno y de Amimone, Simónides acompañándose con la lira, Calchas titubeando en manifestar la voluntad de los dioses, y Pirro, hijo de Aquiles, dirigiendo la mano hácia sus armas.

Mudo permaneció por algun tiempo el hipódromo, en el cual treinta mil personas habian recibido la muerte, pero tan pronto como se volvió á abrir estallaron de nuevo los clamores de las dos facciones siempre alerta, y que acababan de debilitar el imperio.

Hablaremos con separacion de las operaciones militares de Justiniano y de su administracion.

Obraban de la misma manera los hunos nefalistas, hordas guerreras establecidas allende el Oxo, con los schahs Sasánidas, que los germanos con los emperadores, exigiendo tributos é inquietando las fronteras. Resultó de esto, que precisados los persas á atender á así mismos, dejaron descansar el imperio durante cerca de un siglo.

Varanes V, que gobernó veintitres años la Persia con honor, rechazó á los turcos y concluyó con Teodosio el Joven una paz de cien años, trasmitió la diadema á su hijo Yez ledgerd II; disputáronsele á su muerte sus dos hijos Ormuz y Firouz (Perosés); alcanzóla este último, gracias á los socorros de los hunos, dió muerte á su hermano, asegurándose en el trono por la

crueledad; hizo despues una guerra desgraciada á los hunos, que ya eran sus enemigos.

Balaska, su hijo, fué despojado del reino y privado de la vista por haberse mostrado poco favorable á la religion de los magos; fué sustituido por Kobad, su hermano, cuyo celo por aquella religion llegó hasta el grado de querer convertir á los armenios. Habiéndose éstos sublevado, degollaron á los magos y á las tropas que habian venido para castigarles. Este golpe, las crueldades del príncipe, y su ingratitude para con un general, que le habian servido bien, irritaron hasta tal extremo al pueblo, que puso á Kobad en un calabozo y colocó en su lugar á Zamaspek. Pero habiéndose enamorado un carcelero de la mujer del destronado rey, consiguió ver á su esposo, y habiendo cambiado Kobad de traje con ella, pudo escapar al territorio de los hunos. Fué allí bien acogido por su jefe, quien le proporcionó tropas con ayuda de las cuales derribó á Zamaspek, le privó de la vista, ascendió de nuevo al trono y castigó á los rebeldes. Con objeto de recompensar á los hunos, pidió en empréstito una suma de dinero al emperador Anastasio y habiéndose éste negado, invadió la Armenia, ocupó á Theodosiópolis y Martyrópolis y sitió á Amida. Los habitantes de esta última ciudad, donde no habia guarnicion, se defendieron tan bien, que en vano desplegó Kobad contra ellos por espacio de algunos meses su gran valor y habilidad. Habiendo, sin embargo, guardo mal una torre los monjes, que tambien habian tomado las armas, se dejaron sorprender, y todos los moradores de la ciudad fueron pasados á cuchillo. Habiéndose presentado uno de los ciudadanos delante del rey de Persia, le manifestó que era indigno de un héroe airarse contra los vencidos. «¿Por qué exclamó el rey, os habeis atrevido á resistirme tanto tiempo?—Porque, respondió el anciano, Dios queria que debieseis la victoria á vuestro valor y no á nuestra cobardía.» Agradó la respuesta á Kobad y libró lo poco que quedaba.

Al saberse aquellas tristes nuevas, Anastasio envió un ejército mandado por el valiente Areobindo; pero sin libertad de poder obrar á causa de Hipacio y Patricio, hombres envidiosos y sin talentos que se le unieron como colegas, fué derrotado. Prolongóse la guerra con diferentes eventualidades hasta que los godos

por una parte y los hunos y los cadusios por otra, reunieron los ejércitos opuestos, lo que produjo una tregua de cinco años (565). Recobró el imperio Amida, pero tuvo que someterse á un tributo de 11,000 libras de oro.

Adelántose entonces Kobad contra los bárbaros, y entre otras operaciones sitió á Zudader, ciudad situada en las fronteras de la India, henchida de riqueza, pero cuya guarnicion estaba compuesta de demonios. Ni los magos, ni los sacerdotes judíos ni de ninguna otra secta pudieron conseguir conjurarlos; un obispo cristiano fué el que lo consiguió. Merced á los tesoros de que se hizo dueño, concibió Kobad gran respeto por nuestra religion, lo que valió á los prelados cristianos ser admitidos en su corte y á su consejo, donde antes tomaban asiento los levitas y los magos.

Están llenos los anales de aquel tiempo de milagros de esta especie, repetidos con uniformidad; de intrigas de princesas, de humillaciones reales y de querellas de sacerdotes.

Habiase aprovechado Anastasio de la tregua para fortificar la frontera, sobre todo á Dara, situada junto al Carda, á quince millas de Nisibe y tres de Carrhas. La hizo ceñir con dos murallas entre las cuales pudiesen guardarse ganados; la muralla interior tenia sesenta piés de elevacion, las torres ciento; habianse hecho numerosas saetas, dos galerías protegían á los combatientes y eran dominadas por una plataforma en lo alto de las torres. El recinto exterior de menor altura, pero de mayor solidez, era tambien defendido por torres; una obra avanzada que formaba media-luna impedía practicar en los parajes en que el terreno era susceptible de cavarse. Corría el agua del rio por un triple foso, y la plaza estaba provista de toda clase de máquinas para librar á los sitiados y ofender á los sitiadores. Tal era entonces el sistema de fortificacion.

La antigua Cólchida, famosa en las primeras tradiciones griegas por la expedicion de los argonautas, fué siempre un país inquieto y turbulento; aun en los tiempos modernos, sus frecuentes rebeliones no dieron tregua al imperio otomano hasta que la Rusia la echó por tierra. En el tiempo á que nos referimos, la Cólchida era dominada por la tribu de los lazos, que establecida á orillas del Euxino y del Mar

Caspio, se extendió despues por todo el país, y que desde tiempo inmemorial se gobernaba por sus propias costumbres, bajo el poder de reyes nacionales, aunque sometida á la soberanía de la Persia. Quiso Kobad hacer adoptar á aquel pueblo con respecto á los muertos, el rito de las persas, que los abandonaba en un recinto para pasto de las aves de rapiña. Quejóse en un principio el pueblo, más calló viendo que sus reclamaciones no eran escuchadas y se entregó á los romanos; y Zaf su rey vino á Constantino-pla para recibir el bautismo, por lo cual hizo un cargo Kobad á Justino, que se excusó diciendo que no habia querido violar las leyes de la hospitalidad y de la religion; no tan sólo aceptó el shach sus razones (522), sino que le envió una solemne embajada para ofrecerle una alianza duradera, con la condicion de que adoptaria á Chosroes su hijo segundo. De esta manera queria asegurar á su hijo predilecto el favor de los romanos, al cual destinaba al trono de Persia con perjuicio de Chaosés; pero un prudente consejero hizo temer á Justino que Chosroes pretendiese algun dia el imperio por derecho de sucesion y desechó la proposicion.

Irritado Kobad por esta doble afrenta, invadió la Iberia con intencion de atacar el imperio; pero el rey de este país pidió socorro á Justino, quien le envió tropas mandadas por Sitta y por Belisario. Nacido éste último probablemente en la Tracia, y no teniendo hasta entonces otro mérito que le recomendase más que su complicidad en los vergonzosos desórdenes de Justiniano, no era en aquella época sino un joven; encontróse con Narses, que le rechazó á la Armenia, y que bien pronto, habiéndose acogido á la bandera imperial, obtuvo el gobierno militar de Dara. Uno y otro tomaron una parte muy activa en las guerras que se sucedieron.

Mandó Justiniano á Narses que construyese otro fuerte cerca de Midona; pero los persas representaron en contra, alegando que tanto número de fortificaciones ofendía á la paz; como no fuesen escuchados, atacaron á los romanos, los rechazaron y destruyeron las fortificaciones. Declaróse, pues, la guerra; y Belisario, á la cabeza de considerables fuerzas, batió á los persas de Dara (528), y ocupó la Persarmenia.

Combinaron entonces los persas sus movimientos con los de los sarracenos. Al-Mondar,

rey de este último pueblo, que conocía bien el país, les aconsejó que no entrasen en el territorio romano por la Mesopotamia y por el Osroeno; sino que cayeran sobre la Siria y Antioquia que les prometía un rico botín, pudiendo además servirse de este punto de apoyo para otras expediciones. Acudió Belisario para proteger á Antioquia; pero confiando demasiado su ejército en el valor de que estaba animado y en los prodigios, dió la batalla; fué vencido en Callhic (530), y sólo la habilidad del general pudo asegurar su retirada. Llamó entonces el emperador á Belisario (531), ya para castigar su derrota ó bien para consultarle sobre la guerra contra los vándalos; Sitta, que le sucedió, no pudo preservar á la Armenia de ser invadida y á Martirópolis de ser sitiada. Entre tanto murió Kobad, pasando la tiara, según su voluntad, á Chosroes (531-579), temible por mucho tiempo á los romanos, y célebre aún en las tradiciones orientales bajo el nombre de Nuschirvan, es decir, el Justo. No se había engañado su padre, juzgándole capaz de realizar sus designios; fué un príncipe de un gran talento, y cuya alma era tan infatigable como el cuerpo.

Una vez establecido en el trono paterno, extendió su poder hasta el Ganges y sobre gran parte de la Arabia; obligó á los turcos establecidos al Norte de sus estados á reconocer su autoridad, y admitió en el número de sus mujeres á la hija del gran Kan. Percibía tributos en todas partes, y hasta los mismos bajaes de la India le enviaron diez quintales de madera de aloe, una jóven cuya estatura era de siete codos y una alfombra más suave que si hubiera sido de seda; se decía que había sido hecha de la piel de una enorme serpiente.

En el interior estableció el orden en la Hacienda, organizando un nuevo repartimiento en los impuestos; dió impulso á las ciencias y las artes, y sobre todo á la agricultura y al comercio. Cuidaba mucho de que se diesen los empleos á aquellos que los merecían; hacia vigilar de cerca á sus agentes, y castigaba con severidad á todo aquel que prevaricaba ó se apartaba de las leyes de Artagerges I.

Dividió en cuatro visires la administración de su imperio, que lindaba con el Yaxarto, con el Indo y las fronteras de Egipto, extendiéndose

hasta el mar, en Siria. Confió al primero las provincias limítrofes á la Tartaria y á las Indias; al segundo la Partiena, la Armenia con lo demás que poseía á lo largo del mar Caspio; al tercero la Persia, propiamente dicha, y el territorio comprendido entre ésta y el golfo Pérsico; y al último, la Mesopotamia, la Caldea y los países quitados á los árabes y á los emperadores griegos. Todos los gobernadores eran de sangre real, y juzgaban sin apelacion, salvo en el caso de crimen capital.

Hizo construir la muralla de Magog, desde Derbent hasta la montaña opuesta, con el fin de cerrar la Persia á las naciones del Norte; embelleció á Modain, particularmente la vivienda real, dando esto margen á que dijese un poeta persa: «Tus obras, oh Chosroes, desafían como tú las injurias de los tiempos, y participan de la inmortalidad que has sabido adquirirte.»

Hizo asimismo inscribir en su corona: «La vida más larga y el más glorioso reinado pasan como un sueño, y nuestros sucesores nos persiguen. Por mi padre tuve esta diadema, que pronto pasará á otro.» Hacía en cada ciudad educar é instruir á los huérfanos á expensas del público, lo mismo que á los niños pobres; casaba á las jóvenes con gentes ricas, y hacia abrazar á los muchachos la profesión hácia la cual tenían disposiciones naturales. Fundó en Gondisapor una academia de poesía, de filosofía y de retórica; hizo extractar los anales de la nación persa y traducir los más célebres autores de la Grecia y de la India. Envió expresamente á esta última comarca, para referir las fábulas de Bilpay, al médico Perozés, el cual hizo también conocer á sus compatriotas el juego del ajedrez. Acogía benévolamente á los sábios extranjeros; así fueron siete filósofos griegos á visitarle y á expresarle aquella admiración que el vulgo otorga con facilidad á los reyes.

Presidía asambleas de hombres instruidos, y como se preguntara en una de ellas cuál era la situación más desgraciada, un filósofo griego dijo: «La vejez en la pobreza;» un indio: «El abatimiento de espíritu acompañado de violentos dolores;» pero Buzurgo Mibir, primer ministro del rey, resolvió la cuestión de este modo: «El hombre más desventurado es aquel que co-

noce acabársele la vida sin haber practicado la virtud.»

Además, no conviene atribuir al título de Justo, dado á Chosroes, más que una significacion muy restricta, puesto que no tenía más regla que su voluntad, á imitacion de los demás príncipes de su nacion, tanto antiguos como modernos; nunca se detuvo en una guerra porque fuera inicua, ni porque costara muchas lágrimas y sangre; se puso á cubierto del miedo de una rebelion con el asesinato de dos de sus hermanos; hizo condenar á muerte al valiente Merbod, á quien era deudor de numerosas victorias, porque vaciló en degollar á un niño.

Restableció el crédito del culto del fuego, y persiguió á los disidentes, aunque sometió después á exámen las diferentes doctrinas religiosas. En vida de su padre había predicado un tal Magdac la comunidad de bienes y de mujeres; hizo tantos prosélitos, que Kobad se hubiera resignado á ceder mujeres y hermanas al nuevo apóstol, si Chosroes no se hubiera opuesto á ello. Una vez ascendido al trono puso término á aquellas predicaciones, y consolidó los cimientos de la vida social.

En los primeros dias de su reinado le era necesaria la paz para robustecer su autoridad incierta; así prestó oído á las proposiciones que le dirigió Justiniano, acompañándolas con adulaciones indignas de la categoría suprema. Levántose en su consecuencia el sitio de Martirópolis y se celebró una tregua; luego se hizo una paz perpétua, á condicion de que el emperador pagaria al rey de reyes once mil libras de oro y cada uno de ellos conservaría las ciudades tomadas durante la guerra.

Este tratado prueba que los persas habían recuperado su valor y su disciplina, pues aunque los historiadores bizantinos quieren atribuir solamente al número cada una de las victorias de sus enemigos, siempre vemos á los persas imponer un tributo á los emperadores. Cuando éstos eran débiles ó se hallaban ocupados en hacer la guerra á otros enemigos pagaban con regularidad lo pactado; cuando eran príncipes belicosos suspendían el tributo y tornaban á empezar la guerra. Acontecía lo propio si un schah ambicioso ó avariento de dinero ascendía al trono de Ciro; no resistía al deseo de atacar á un imperio que no podía sostener un ejército

á gran distancia. Había, pues, una continua alternativa de guerras y de treguas, sin que resultara de todo una buena paz ni duraderas conquistas.

Justiniano fué inducido á tratar con el rey de Persia por el deseo de llevar la guerra á los vándalos de Africa; habiendo reclamado vanamente para aquella expedicion el socorro de los etíopes, de los árabes imiaritas y de los hunos del mar Caspio, no por eso dejó de enviar contra los conquistadores del Africa á Besilario, á la cabeza de quince mil hombres escasos. Ya hemos visto con cuánto valor los vándalos, partiendo de la extremidad septentrional de Europa, la atravesaron completamente y surcaron el Mediterráneo para establecerse en las costas de Africa, de donde Genserico arrojó á los romanos. Reservando para sí la Mauritania y la Byzacena, había distribuido á sus compañeros la Zeugitana, eximiéndola de toda clase de tributos. Esta comarca fué gobernada por los vándalos con una vara de hierro, y todos los moradores del campo fueron reducidos á servidumbre; conservaron sus bienes los de las ciudades, y así pudieron dedicarse á la industria y al comercio, á condicion de pagar impuestos enormes. Todavía envenenó más el mal la diferencia de religion. Genserico pretendió estirpar con el hierro y con el fuego la religion católica, aplicándola las leyes promulgadas por otros príncipes contra los herejes, y sólo á instancias de Zenon se contuvo. Mil veces le asaltaron los moros, enemigos implacables de todo el que llega á fijarse en el territorio africano; pero les batió y les obligó á pagar un tributo anual. De esta suerte fundó uno de los mayores estados salidos del desmembramiento del poder romano, que no contaba ménos de cuatrocientos cuarenta y seis obispados. Genserico mandaba á ochenta mil soldados, todos de la nacion conquistadora; además tenía una numerosa escuadra, que recorría y explotaba el Mediterráneo.

Pero con Genserico acabó la prosperidad del reino de los vándalos. Establecidas nuevas naciones en las costas del Mediterráneo, rechazaron con valor sus piraterias (478) y encontraron una resistencia enérgica donde esperaban hallar un rico botín. Por otra parte, su aislamiento con respecto á los otros bárbaros, el calor del